

La invitación a la oración: el muchacho epiléptico (Mc 9, 14 27)

Pbro. Silvio Marinelli Zucalli

Al llegar junto a los discípulos, vio a mucha gente que los rodeaba y a unos escribas que discutían con ellos. Toda la gente al verlo quedó sorprendida y corrió a saludarlo. Él les preguntó: «¿De qué discuten con ellos?» Uno de entre la gente le respondió: «Maestro, te he traído a mi hijo que tiene un espíritu mudo y, dondequiera que se apodera de él, lo derriba, lo hace echar espumarajos, rechinar de dientes y lo deja rígido. He dicho a tus discípulos que lo expulsaran, pero no han podido». Él les responde: «¡Oh generación incrédula! ¿Hasta cuándo estaré con ustedes? ¿Hasta cuándo habré de soportarlos? ¡Tráiganmelo!» Y se lo trajeron. Apenas el espíritu vio a Jesús, agitó violentamente al muchacho y, cayendo en tierra, se revolcaba echando espumarajos. Entonces Él preguntó a su padre: «¿Cuánto tiempo hace que le viene sucediendo esto?» Le dijo: «Desde niño. Y muchas veces le ha arrojado al fuego y al agua para acabar con él; pero, si algo puedes, ayúdanos, compadécete de nosotros». Jesús le dijo: «¡Qué es eso de si puedes! ¡Todo es posible para quien cree!» Al instante, gritó el padre del muchacho: «¡Creo, ayuda a mi poca fe!» Viendo Jesús que se agolpaba la gente, increpó al espíritu inmundo, diciéndole: «Espíritu sordo y mudo, yo te lo mando: sal de él y no entres más en él». Y el espíritu salió dando gritos y agitándolo con violencia. El muchacho quedó como muerto, hasta el punto de que muchos decían que había muerto. Pero Jesús, tomándolo de la mano, lo levantó y él se puso en pie. Cuando Jesús entró en casa, le preguntaron en privado sus discípulos: «¿Por qué nosotros no pudimos expulsarlo?» Les dijo: «Esta clase con nada puede ser arrojada sino con la oración».

Situación angustiada y sin esperanza

El padre del niño describe la situación como un caso de posesión («un espíritu mudo»), pero en realidad se trata más bien de un caso de epilepsia. En aquel entonces no se tenían los métodos y recursos científicos de diagnóstico que tenemos a nuestro alcance; por eso todas las enfermedades que no tenían una causa y manifestación físicas, se atribuían al influjo de espíritus inmundos o demonios. La narración de la escena tiene lugar después del episodio de la Transfiguración. Los discípulos (sólo Pedro, Juan y Santiago habían acompañado a Jesús) y mucha gente está esperando a Jesús para presentarle este caso desesperado y muy conmovedor (se trata de un niño). El relato es de gran realismo y con muchos detalles.

«Ayuda mi poca fe»

Es el papá quien le hace a Jesús una súplica desde el corazón. Jesús, ante todo, reprocha la falta de fe: «¡Generación incrédula!», dirigiéndose a sus discípulos y, al mismo tiempo, a los discípulos de todos los tiempos y lugares. Jesús nos orienta a poner nuestra atención en el tema de la fe y su expresión, la oración. El padre del niño cree en el poder de Jesús, pero reconoce que su fe es débil; por eso ruega al Señor que lo ayude en su empeño: «¡Creo, ayuda mi poca fe!» Conmueve esta expresión llena de confianza y de humildad. El papá del

muchacho, con mucha humildad –la verdadera humildad va de la mano con el realismo– admite su necesidad de ser ayudado a desarrollar su fe.

La oración como manifestación de una relación

Fe y oración van unidas y mutuamente se suponen e influyen en la vida cristiana: la oración es expresión de una relación existencial y no la repetición de fórmulas estereotípicas; la fe, cuando auténtica, busca un cauce de expresión: la oración, de alabanza, agradecimiento y de petición.

La oración cristiana es expresión de una fe madura que busca el diálogo con Dios. Sin la fe, es decir la confianza en Dios y el sentirnos hijos, la oración se convertiría en un monólogo con un ser inexistente, no tendría interlocutor; dejaría de ser diálogo con Dios. La oración verdadera es manifestación de una relación existencial con Dios, de un diálogo íntimo y al mismo tiempo público y comunitario con Él, como vemos en el Padrenuestro.

Necesitamos de la oración, de este diálogo con Dios, porque nuestra estructura Él la hizo con esta orientación fundamental hacia Él mismo; recordemos la frase de San Agustín: «Nuestro corazón es inquieto y no encuentra paz hasta que descansa en ti».

La fe y la oración son también vacuna contra la injusticia, la mentira, el desamor, el egoísmo y los ídolos de muerte que quieren avasallarnos. Necesitamos creer firmemente; por eso hemos de pedir a Dios una fe cada vez más fuerte, capaz de enfrentarse a los desafíos de la vida; debemos pedirle a Dios la fe, pues la fe es don suyo.